

La Evolución de la Escritura y su Condición Actual

Por: Felicitas Casillo

Resumen:

El análisis de la evolución de la escritura brinda un marco útil para futuras investigaciones acerca del vínculo entre escritura e identidad. Existen cambios y continuidades en lo que respecta a la función social de la escritura. Anteriormente, la escritura parecía destinada a compendiar el conocimiento, pero actualmente sobre todo se la utiliza con fines comunicativos. En el contexto de Internet, los textos construyen la identidad de los usuarios y presentan una acentuada semejanza con la oralidad.

Palabras claves: *Escritura, Tecnologías, Identidad, Internet, Comunicación.*

Abstract:

The analysis of the evolution of writing provides a useful tool for future research on the link between writing and identity. There are changes and continuities in regard to the social function of writing. Previously, the writing seemed destined to summarize knowledge, but today it is used primarily for communication purposes. In the context of the Internet, the texts build the identity of users and have a marked resemblance to orality.

Key words: *Writing, Technology, Identity, Internet, Communication.*

Introducción

*So all my best is dressing old words new,
Spending again what is already spent:
For as the sun is daily new and old,
So is my love still telling what is told.
William Shakespeare*

Han transcurrido miles de años de historia desde que se realizaron los primeros trazos de escritura cuneiforme. Con diferentes formas y provenientes de diversas regiones, estas líneas que guardaban un sentido resultaron distintas soluciones para un mismo problema: el de cómo recordar y comunicar esa palabra que es esencialmente fugaz (Calvet, 2007).

Ciertamente, cabe preguntarse qué hubiera sido de la memoria de los hombres sin la escritura: esa memoria parcial, retaceada y muchas veces equívoca, pero memoria finalmente de los tiempos que ya fueron. Si la escritura ha sido tan importante para la historia de la humanidad, los cambios que sufra merecen ser analizados.

En comparación con otras épocas, hoy en día somos más las personas que de forma cotidiana escribimos textos. Enviamos mensajes, chateamos, actualizamos redes sociales. Narramos cuánto nos falta para regresar a casa; expresamos que estamos aburridos, divertidos, felices, deprimidos; le decimos a alguien cuánto lo extrañamos, nos quejamos, nos peleamos. ¿Pero lo hacemos simplemente para evitar la desmemoria? Las frases y fragmentos, los textos que permanecen en Internet, olvidados en algún “rincón” de las redes sociales, parecen, pasadas tan solo unas horas, ya muertos.

Sin embargo, *verba volant, scripta manent*. Significa, el antiguo adagio latino, adjudicado a Cayo Tito durante un discurso dirigido al Senado romano, que “las palabras vuelan, lo escrito queda”. Así ha sido a lo largo de la historia, desde los primeros sumerios que se esmeraron sobre tablillas para dejar asentados los asuntos de las ciudades, hasta los historiadores que recorrieron Egipto durante principios del siglo XX con sus libretas amarillentas y sus máquinas de escribir.

Históricamente, existe un vínculo entre la escritura y la lengua hablada, un vínculo que no todos los autores describen de igual forma. Aunque en un comienzo esta relación parecía resaltar las diferencias, de ahí el adagio latino citado, qué ocurre hoy día, cuando el modo de escribir posibilitado por los nuevos dispositivos nos ha llevado a redactar de otra manera,

incluso con faltas de ortografía y hasta gramaticales: una forma más parecida a la oralidad. *Verba volant, pero ¿scripta manent?*

En la Antigua Grecia, la poesía, con su métrica y ritmo, permitía recordar las historias míticas, que daban sentido a la cultura del pueblo. Las narraciones orales se transmitían de padres a hijos, de maestros a discípulos. Eran bellas advertencias sobre qué sucedía si se tomaban ciertos rumbos, qué felicidad embargaba al hombre que soportaba las desventuras de la guerra, quiénes lo esperarían y reconocerían cuando regresara al hogar. Con la creación del primer alfabeto griego, pudo archivarse ese corpus histórico, y la palabra se abrió al extenso horizonte del saber y la ciencia.

A partir de las posibilidades que facilitaron las nuevas tecnologías, la escritura que realizamos hoy día en nuestro móviles se parece cada vez más al uso oral de la lengua: la llamamos “escritura ideofonemática” (Cassany, 2012) , y esta escritura posee muchas características similares a la oralidad.

En el caso de algunas redes sociales, por ejemplo, aparece, además, una preocupación por la creatividad del mensaje, por ser humorísticos, lúdicos o estéticos. Pero a diferencia de la antigua oralidad, que favorecía la memoria, esta nueva “oralidad escrita” parece apuntar primordialmente no a asegurar la transmisión de un saber, sino más bien a la conformación de una identidad. El mayor temor no es que se olvide lo que decimos. No escribimos para recordar ni para no olvidar; escribimos para que no se olviden de nosotros.

Vivimos en un mundo presuroso y cambiante, repleto de estímulos sensoriales, novedades y entretenimientos. Las noticias quedan relegadas en cuestión de horas y mientras en Oceanía un tsunami termina con la vida de miles de personas, al otro lado del mundo no nos perdemos detalles del último escándalo televisivo.

Leemos literatura, pero nos distraemos fácilmente porque siempre está sucediendo algo y nuestros ojos recorren las líneas con la ansiedad de saber que con tan solo deslizar el índice sobre la pantalla podemos conocer qué ocurre con la política, con nuestro grupo de amigos o conocidos. Contra todo ese complejo entramado competimos para lograr que nuestros seguidores recuerden que existimos. Finalmente, todas las historias son o quieren ser historias de amor.

Para comprender el estilo de escritura que puede observarse actualmente en Internet, es importante realizar un abordaje histórico de la escritura, que permita contemplar diferentes

etapas. Este enfoque histórico inicial resulta crucial para los estudios de comunicación y para evitar la “amnesia histórica”, común en las investigaciones sobre la comunicación digital (Scolari, 2008). Observar los cambios y adelantos surgidos a lo largo de la historia de la escritura resulta un enfoque enriquecedor y proveerá de un contexto de comprensión útil para investigaciones sobre la materia.

El surgimiento de la escritura

A finales del cuarto milenio a. C., los sumerios, quienes vivían en la zona donde actualmente se ubica Irak, entre los ríos Tigris y Éufrates, comenzaron a escribir con un sistema de símbolos llamado cuneiforme. Las tablillas que utilizaban eran de arcilla, material abundante en la Mesopotamia. Esta arcilla se moldeaba, se tallaba con el filo de una caña y se dejaba secar al sol o en hornos a leña. Los asuntos registrados versaban acerca de cuestiones gubernamentales, comerciales y legales, pero también históricas y religiosas. Para ordenar estos archivos, los sumerios comenzaron a numerar las tablillas. Unos pocos escribas podían leer y escribir estos registros (Briggs y Burke, 2002).

También durante el largo imperio egipcio, a partir del 3000 a. C. aproximadamente, se utilizó esta misma escritura, que logró descifrarse gracias al hallazgo de la Piedra Rosetta, en 1799. Esta famosa piedra, actualmente en el British Museum, contiene un decreto de Ptolomeo V en tres idiomas: jeroglífico, demótico y griego. Fue el filólogo francés Jean Francois Champollion, en 1844, quien finalmente logró la traducción completa y la expuso en su Carta a Dacier.

El origen de la escritura fue considerado por la mayoría de las civilizaciones como un regalo de las divinidades, quienes obsequiaban a los hombres con la capacidad de transcribir el habla. Para los Aztecas, el creador de la escritura había sido el dios del viento, Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, mientras que para los Mayas, fue el dios del tiempo, Itzamna. Los egipcios, a su vez, atribuían el regalo a Toth, dios de las artes y protector de los escribas, mientras que para los chinos, según el Shuowen Jiezi, un diccionario escrito durante el siglo I d. C. por el célebre Jiu Chen, la escritura fue descubierta por uno de los enviados de Huang Di, el dios amarillo, en el siglo XXVI a. C. Según esta obra, el mensajero divino había observado las huellas de las aves dejadas sobre la tierra e inspirándose en ellas compuso el peculiar alfabeto chino.

La idea del surgimiento de la escritura, entonces, fue comúnmente asociada a lo sobrenatural, soslayando el trabajo de ingenio y perfeccionamiento del hombre. En

contraposición, los científicos propusieron un surgimiento embrionario y paulatino, más relacionado con lo pictórico, compuesto por sistemas con cierta capacidad de perduración y por lo gestual (Calvet, 2007).

En la aproximación etimológica que cita Calvet, resulta curioso que el concepto común detrás de la palabra “escritura” es, en diferentes idiomas, el de cortar o arañar, relacionado con el trabajo de los artesanos. *Scribere*, en latín, significa “trazar caracteres”, pero alude a una raíz indoeuropea, *ker, sker*, cortar o realizar incisiones.

La historia de la escritura no puede tampoco desligarse de los avances referidos a los soportes. Durante el año 2500 a.C, en Egipto, se comenzaron a producir papiros. A partir de los filamentos vegetales de la planta del papiro, que proliferaba a las orillas del Nilo, los artesanos fabricaban planchas orgánicas que luego enrollaban. Estos largos rollos eran fáciles de transportar, livianos y flexibles. Más tarde pero antes de que se generalizara el uso del pergamino, realizado a base de cuero de vaca u oveja, griegos y romanos adoptaron también los papiros como soporte.

Tanto papiros, que debían transportarse desde Egipto, como pergaminos, que se curaban lentamente, eran materiales caros. Por esta razón se difundió por entonces el uso de la tablilla de cera, que podía reutilizarse gracias a una punta roma con la que se borraban los caracteres. Estas tablillas fueron las precursoras de las encuadernaciones: los artesanos comenzaron a coser varias de estas rudimentarias pizarras y a conformar volúmenes.

Los símbolos surgieron bajo formas diversas, en lugares y épocas diferentes (signos cuneiformes mesopotámicos, jeroglíficos egipcios, ideogramas chinos, glifos aztecas y mayas, etc.) hasta que mucho después, hacia el año 750 a. C. los griegos inventaron el primer alfabeto fonético completo, con 24 caracteres (Calvet, 2007). De esta manera la escritura se simplificó y sistematizó, dejando atrás pictogramas y logogramas.

Este alfabeto griego fue el modelo para la mayoría de los alfabetos occidentales posteriores, incluso el latino, utilizado actualmente. También significó un cambio crucial en lo que se refiere a la cultura humana: el paso definitivo de la oralidad a la escritura. A partir de entonces, la escritura se convirtió en la expresión del pensamiento (Havelock, 2008).

El paso de la oralidad a la cultura escrita redundó en una devaluación de la memoria. Como se mencionó anteriormente, en una cultura oral el pensamiento se rige por la memoria, y se utilizan fórmulas rítmicas y estructuras para incentivar la memorización.

El cambio no fue abrupto sino paulatino, y las primeras escrituras mantuvieron rasgos de oralidad en su estilo y disposición en el texto.

Un ejemplo de esta imbricación entre cultura oral y escrita es el hecho de que cuando se comenzó a utilizar el alfabeto, las palabras no estuvieran separadas por espacios, sino que conformaran un continuo. Por esta razón la lectura solía realizarse en voz alta, realizando un esfuerzo notable de atención para saber dónde terminaba o comenzaba cada palabra (Ong, 1987).

En síntesis, durante la etapa oral, el conocimiento era lo que se recordaba. Este era el valor que tenía la poesía y la literatura en la Antigua Grecia, la de contener mediante el lenguaje oral el patrimonio cultural de un pueblo. Tanto Ong (1987) como McLuhan (1994) coinciden en que la expresión debió implicar en ese entonces una sensibilidad y belleza peculiares que seguramente se habrán perdido para siempre.

Si la escritura cuneiforme significó un hito en la historia de la comunicación escrita, también lo fueron con el paso del tiempo otras técnicas y soportes que posibilitaron no solo la difusión sino también el registro. Antes de que, a mediados del siglo XV, Gutenberg inventara la imprenta de tipos móviles, la difusión de documentos de utilidad cotidiana, como acuerdos, normas o contratos, y la difusión de textos literarios y religiosos se realizaba por medio de manuscritos. Además de implicar un trabajo arduo y no en serie, el manuscrito estaba relacionado tradicionalmente con la esfera religiosa y del poder.

A comienzos del segundo milenio después de Cristo se produjo el cambio más importante desde la invención del alfabeto fonético. Se organizó una sintaxis estándar que facilitó la lectura. Al mismo tiempo, los amanuenses separaron las palabras y las dispusieron en la hoja de forma ordenada y predecible. Durante el siglo XIII la “scriptura continua”, legado de la oralidad, había dejado de utilizarse. Para entonces, la escritura estaba ya dirigida tanto al oído como a la vista, y comenzó a hacerse popular, en lugar de la lectura oral, la lectura silenciosa y privada. La producción de libros creció, y los *scriptoriums* de los monasterios no daban abasto para cubrir la demanda de escritos. Nacieron así los talleres seculares de copistas.

Existieron manuscritos de diferentes tipos, según su soporte, fin y estética. La inmensa mayoría eran considerados objetos preciados, por lo tanto, sólo las familias ricas podían poseerlos y asegurar la educación de sus herederos. También atesoraban gran cantidad de manuscritos las instituciones de mayor influencia, como la Iglesia Católica, en cuyos

monasterios y conventos, los copistas generaron enorme cantidad de miniados, manuscritos con miniaturas pintadas a mano. No todos estos amanuenses sabían leer y escribir, sino que muchos de ellos copiaban los caracteres y dibujos de las obras originales. Era un trabajo no solamente cultural, sino también y sobre todo religioso: de modo semejante a los realizadores de íconos rusos, el trabajo implicaba un estado de recogimiento y oración.

La imprenta de Gutenberg

Los precursores de la impresión fueron los chinos y los japoneses, desde por lo menos el siglo VIII d. de C. Estas impresiones pioneras correspondían al tipo de “impresiones en bloque”: la página de un texto se tallaba en una plancha de madera y este sello se utilizaba para estampar en cuantas láminas se deseara. Tiempo después, en el siglo XV, los coreanos inventaron una imprenta de tipos móviles semejante a la de Gutenberg. Se cree que las noticias de este avance podrían haber influido en la experimentación y posterior surgimiento en Europa (Briggs y Burke, 2002).

Alrededor del año 1450, un orfebre alemán llamado Johannes Gutenberg (1400-1468), quien se había trasladado con su familia a Estrasburgo y había instalado una empresa de grabados en madera, regresó a su ciudad natal, Maguncia, y se asoció con un vecino rico, Johann Fust. Este le prestó un monto considerable de florines con los que el artesano emprendió la fabricación de la imprenta, la fundición de letras metálicas y la compra del pergamino para imprimir los primeros trabajos: el Misal de Constanza y la Biblia.

Con aquel préstamo, Gutenberg subsistiría y al mismo tiempo podría remunerar a sus empleados. Fue en aquel taller donde comenzaría a experimentar con prensas vitivinícolas, hasta inventar el mecanismo final que se popularizaría después. Una de las mayores dificultades fue el perfeccionamiento de los caracteres metálicos móviles, que implicó varias pruebas fallidas. Su innovación se produjo luego de un hábil proceso de confluencia de inventos anteriores, algunos de ellos muy antiguos, como el papel, los buriles y las prensas de tornillo. La llamada Biblia de Gutenberg fue impresa finalmente en 1455. Contaba cada volumen con mil doscientas páginas, a dos columnas, de cuarenta y dos líneas cada una y tipografía gótica que imitaba la manuscrita.

Sin embargo, el destino del inventor no sería tan alentador como el que correría su invento. Endeudado, Gutenberg debió ceder la imprenta a Fust, como parte de pago. En manos de su antiguo socio, más hábil con las empresas que Gutenberg, el negocio de la imprenta y la producción de libros crecieron rápidamente, y los libros comenzaron a ser cada vez más

baratos. Entonces no solamente leían los monjes en los monasterios, sino que los volúmenes circulaban por los diferentes estratos sociales.

Comenzó a funcionar un “círculo virtuoso”: la creciente demanda de libros disparó el deseo de alfabetización, y la expansión de la alfabetización estimuló la demanda de libros (Carr, 2011). La industria gráfica creció, y se propagó por Europa, Asia, y finalmente en 1539, llegó a América, cuando los españoles establecieron un taller en la Ciudad de México. Los gobernantes del imperio español, a diferencia de los portugueses, promovieron la edición en América.

Algunos de los primeros volúmenes editados fueron los valiosos diccionarios y gramáticas de lenguas indígenas como el náhuatl y el quechua, recopilados por misioneros españoles.

Gracias a la diáspora de los impresores alemanes hacia 1500, se establecieron imprentas en más de doscientos cincuenta sitios de Europa. En un continente habitado por unos cien millones de personas, circulaban alrededor de trece millones de libros (Briggs y Burke, 2002). Las ciudades más relevantes por su industria editorial eran Venecia y París. En Rusia y el mundo cristiano ortodoxo, en cambio, fracasó en un principio la difusión de la técnica de impresión. Finalmente en el siglo XVIII el zar Pedro el Grande difundió la impresión de volúmenes. En el mundo musulmán, la imprenta tuvo aún más resistencias. En la floreciente industria editorial de comienzos del siglo XVII, los autores editados eran Cervantes, Shakespeare, Molière, Milton, Descartes y Bacon, entre otros. Pero no solamente se imprimían obras contemporáneas, sino antiguas obras que habían nacido en la era de la oralidad y del manuscrito: los clásicos griegos y las traducciones latinas.

Conocemos la enorme repercusión que ha tenido la imprenta en la historia, la sociedad y la cultura en general. Además de provocar el crecimiento de la industria del papel y de la encuadernación, los libros dejaron de ser objetos extraños o artículos de lujo para ciertas minorías y poco a poco comenzaron a circular y favorecer la alfabetización. Después de la innovación tecnológica sobrevino la difusión de ideas, que sería crucial durante el Renacimiento.

Pero también es posible preguntarse puntualmente cómo cambió la escritura a partir de la invención de la imprenta. Esto implica comprender quiénes comenzaron a escribir, qué y con qué fin. Por medio de este pensamiento quizás sea posible abordar de forma histórica las consecuencias de innovaciones posteriores.

Al estar sujetas ya no solo a consideraciones técnicas sino también de mercado, las impresiones tenían ciertos condicionamientos que no eran los mismos que había enfrentado el manuscrito. Estos nuevos desafíos influyeron en cómo se producían los textos y en qué textos se producían. Los talleres españoles, por ejemplo, habían comenzado a reducir el tamaño de los libros - una tendencia general en Europa- pero, sobre todo, habían comenzado a favorecer el desarrollo de las producciones en lenguas vernáculas, además de los clásicos. Entre 1490 y 1500 el número de títulos publicados se disparó, mientras que el número medio de hojas por libro disminuyó de manera marcada (Berger, 2004).

Además de la extensión, con el paso del tiempo, las características técnicas y de mercado comenzaron a influir en aspectos de las obras como el género, el estilo y la temática. En ese sentido, “la literatura profana”, como era la novela de caballería, resultó un género apropiado para comercializar. Implicaba una fórmula de escritura y prometía lectores. A la par de que los textos se difundían en círculos que antaño no tenían acceso a ellos, nuevos grupos sociales comenzaban a escribir, con los mismos o diferentes objetivos.

Muchos de los textos literarios fundacionales del Siglo de Oro no fueron escritos para difundirse de forma exclusiva por medio de la imprenta: no fueron los autores, sino sus seguidores quienes imprimieron esas versiones. De ahí se comprende el trabajo de búsqueda y corrección de originales que sufrieron esos textos hasta que quedaron aceptadas las versiones últimas (Rodríguez Moñino, 1968).

El proceso de invención de la imprenta resulta útil para comprender que las innovaciones técnicas relacionadas a la escritura posibilitan la participación de actores que antes no estaban relacionados con este proceso, y por ende, se difunden nuevas temáticas y textos con otras características. Ciertamente, el lector de manuscritos no era el mismo que el lector de libros impresos durante el siglo XVI y tiempo posterior. Pero tampoco los textos resultaban iguales, ni los escritores eran los mismos, aunque los cambios no fueron del todo abruptos.

Para preguntarse por las características de los escritos futuros y sobre sus lectores (y antes de cuestionar la permanencia o no del hábito de lectura), tanto en el siglo XV como en la actualidad, cabría preguntarse quiénes comienzan a escribir qué tipo de textos.

La era de Internet

Entre la imprenta e Internet podrían enumerarse múltiples soportes y medios, porque Internet no solamente evolucionó desde la palabra escrita, sino que alberga elementos

audiovisuales que evolucionaron a partir de la radio o la televisión. Antes de detallar el surgimiento de la web podría abordarse la historia general de los medios de comunicación: prensa, revistas, diarios, publicaciones, panfletos, periódicos, semanarios, radio, televisión, entre otros, como ya han explicado numerosos autores. Sin embargo, no es ese nuestro propósito, sino más bien establecer un marco histórico.

Actualmente, al igual que durante la Baja Edad Media, existen dos mundos tecnológicos. Después de más de cinco siglos, la imprenta y sus productos fueron desplazados del centro de la vida intelectual hacia los márgenes (Carr, 2011). Nos encontramos en este principio de siglo XXI atravesando una nueva revolución mediática, que supone el desplazamiento de la cultura hacia formas de producción y distribución mediatizadas por los ordenadores. Esta revolución es más profunda y rápida que las anteriores revoluciones y solamente observamos sus efectos iniciales (Manovich, 2006).

Más allá de que la invención de Internet ocurrió décadas atrás, fue recién a comienzos de los años noventa cuando su uso se comercializó de forma doméstica. A partir de entonces, y sobre todo desde 2000, no ha dejado de crecer. Los años transcurridos desde entonces han hecho posible la concepción de la pantalla como soporte intelectual, en el sentido en que lo fueron en su momento la inscripción en piedra, el papiro, el papel, y recientemente los soportes electromagnéticos (Piscitelli, 2005).

Curiosamente, los orígenes de Internet se hallan en la física y en la política de defensa. Funcionó por primera vez en 1968, apoyado por el Gobierno de los Estados Unidos a través de ARPA (Administración de Proyectos Avanzados del Departamento de Defensa de los Estados Unidos). Esta área del Gobierno se había creado en 1957, en plena puja armamentística de la Guerra Fría, como parte de una respuesta al lanzamiento del Sputnik.

La ARPANET compartía información entre universidades y otras instituciones de investigación. Funcionaba enviando información fragmentada en piezas codificadas: el sistema de recepción volvía a reunir las piezas y el destinatario podía acceder al mensaje completo. Fue este el primer sistema de datos en paquetes de la historia.

ARPANET fue rebautizada en 1975 como DARPA, y entonces ya tenía 2.000 usuarios. Los mensajes de correo electrónico eran los grandes protagonistas de la red, y permitían compartir recursos entre investigadores geográficamente distantes. El primer proveedor de servicio comercial online fue CompuServe en 1979. Luego aparecieron American On-Line y finalmente Prodigy.

En 1989, el inglés Tim Berners Lee ideó lo que llamó “telaraña global”, la World Web. Berners Lee trabajaba en el CERN, un instituto de investigación de física de las partículas, instalado en medio de los Alpes suizos. Para Berners Lee la web debía mantenerse sin propietario, abierta y gratuita. El mayor aporte de este investigador fueron los hipervínculos: palabras o símbolos destacados en los documentos que conducían a su vez a otros documentos y que hasta hoy día resultan la mecánica de movimiento dentro de Internet (Piscitelli, 2005).

Mientras tanto, los vaticinios sobre Internet iban desde proyecciones esperanzadores sobre una total democratización del conocimiento hasta profecías pesimistas sobre las consecuencias del uso de la red en el “espíritu humano” (Briggs y Burke, 2002). Finalmente el Gobierno de los Estados Unidos, que respaldaba la comercialización de Internet, la convirtió en un símbolo político. El 4 de marzo de 1996 se celebró el “Día de la Red”: entonces el Presidente Clinton inauguró la línea telefónica que conectaba a Internet todas las aulas de California.

Todavía no se hablaba entonces del potencial de Internet en referencia al entretenimiento, y solamente se lo concebía como una herramienta para favorecer el sistema educativo y el acceso a la información en general.

En lo que respecta a la escritura, aún antes del año 2000, y de los múltiples cambios y oportunidades que se consolidaron a partir de entonces con el e-commerce, las redes sociales y el acceso móvil, entre otras tendencias novedosas; aún antes de esa primera y prometedora década del siglo XXI, el email tuvo una eminente importancia en la red y se transformó en una vía de comunicación eficiente a distancia.

La @ había sido un invento de los académicos cuando los mensajes solamente circulaban entre ellos, y tiempo después el uso familiar y empresario del correo electrónico demostró las ventajas de conectar a dos interlocutores de forma instantánea aunque estuvieran en sitios remotos del planeta. De esta forma pionera de comunicación en la web surgieron otras, más o menos ligadas al entretenimiento.

Los principios de los nuevos medios

Resulta pertinente definir cuáles son los principios de los nuevos medios (Manovich, 2006), ya que la escritura conforma tan solo un tipo de texto de los que circulan en la web, y a menudo acompaña otros formatos.

La primera característica de los nuevos medios es la (a) Representación numérica: Todos los objetos de los nuevos medios, aquellos que se crean exclusivamente en el ordenador o sufren una conversión a partir de fuentes analógicas, se componen de un código digital. Son representaciones numéricas. Esto implica que un objeto puede ser descrito en términos matemáticos y que puede ser manipulado y programable.

En segundo lugar, otra característica de los nuevos medios es la (b) Modularidad: Dentro de la estructura virtual los objetos se ensamblan unos dentro de otros modularmente.

La tercera característica de los nuevos medios es la (c) Automatización: las dos anteriores características hacen posible la automatización de muchas operaciones implicadas en su creación, manipulación y acceso. De ahí que en algunos casos incluso pueda eliminarse la intencionalidad humana del proceso creativo, al menos en parte.

La cuarta característica es la (d) Variabilidad: Un objeto en los nuevos medios no es algo fijo o estático, sino que puede existir en diferentes versiones, que potencialmente son infinitas.

Esta característica da lugar a estructuras esenciales como el hipermedio y el hipertexto. Es posible pensar en todas las factibles rutas de un hipermedio como múltiples versiones distintas a él. Cuando el usuario sigue los enlaces recupera una determinada versión del documento.

Y la quinta y última característica es la (e) Transcodificación: la característica más importante de los nuevos medios según el autor citado. Conviven en los nuevos medios dos capas diferentes: la “capa cultural” y la “capa informática”. Cabe esperar que sea la segunda la que termine influyendo de forma determinante a la primera, aunque también ocurra una influencia a la inversa.

Como resultado nos encontramos ante una nueva cultura del ordenador: una mezcla de significados humanos e informáticos, de los modos tradicionales en que la cultura humana modeló el mundo y de los propios medios que tiene el ordenador para representarla. Transcodificar algo significa traducirlo a otro formato. La informatización de la cultura implica que muchas categorías y conceptos culturales se ven sustituidos por otros que provienen del universo del ordenador.

Reflexión final

Como se afirmó en la introducción, resulta importante destacar cambios y continuidades en la función social de la escritura. El estudio de la historia evolutiva de soportes y estilos implica un remedio tanto para entusiastas apresurados como para pesimistas rezagados.

Desde la perspectiva actual parecería que internet fue el gran y casi único cambio al que debió adaptarse y desde el que debió reconstruirse la actividad cultural. La historia señala que no fue así.

Pero quizás la razón más importante para estudiar la evolución de la escritura sea la comprensión de un futuro incierto con respecto a este tema. A menudo en el ámbito de la industria editorial se debate sobre si se seguirá o no escribiendo, o aún más: si las próximas generaciones leerán novelas u otros géneros populares. La historia señala que los avances tienen más que ver con la transformación que con la extinción.

Bibliografía

Aristóteles (1978): *El arte poética*. Madrid: Imprenta de Don Benito Cano.

Austin, John L. (1982): *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona: Paidós.

Berger, M. P. (2004): "Del manuscrito a la imprenta: inercia y sinergia." *Bulletin Hispanique*. Tome 106, N°1.

Briggs, A.; Burke, P. (2002): *De Gutenberg a Internet*. Madrid: Editorial Santillana.

Carr, N. (2011): *¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes? Superficiales*. Buenos Aires: Editorial Taurus.

Cassany, D. (2012): *En_línea. Leer y Escribir en la red*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Calvet, L. J. (2007): *Historia de la Escritura. De Mesopotamia hasta nuestros días*. Barcelona: Editorial Paidós.

Eco, U. (1993): *Lector in fábula*. Barcelona: Editorial Lumen.

- Garrido Domínguez, A. (1996): *El texto narrativo*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Goody, J. (1996): *El hombre, la escritura y la muerte*. Barcelona: Ediciones Península.
- Goody, J. (1990): *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*. Madrid: Editorial Alianza.
- Havelock, E. (2008): *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- Manovich, L. (2006): *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Mcluhan, M. (1994): *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona: Paidós.
- Ong, W. (1996): *Oralidad y escritura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Piscitelli, A. (2005): *Internet, la imprenta del Siglo XXI*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Prensky, M. (2001): "Digital Natives, Digital Immigrants", On the Horizon (NCB University Press, Vol. 9 No. 5).
- Ricoeur, P. (1987): *Tiempo y Narración*. Madrid: Editorial Cristiandad.
- Rodríguez Moñino, (1968): *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Castalia.
- Sarlo, Beatriz. (2011): *La audacia y el cálculo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Scolari, Carlos. (2008): *Hipermediaciones*. Barcelona: Gedisa.
- Toffler, A. (1980): *La tercera ola*. Bogotá: Plaza & Janes.
- Torres i Vilatarsana, M. (2003): "La lengua catalana en la comunicación en internet: qüestió de codis", *Lengua i ús*, nº 26.